

Cuentos de seda y de sangre¹

Fabio Jurado Valencia

Universidad Nacional de Colombia

La verosimilitud de los *Cuentos de seda y de sangre*, (Ediciones Sociedad de la Imaginación, Bogotá, 1997), de Freda Mosquera, está solventada en la recurrencia a las representaciones oníricas. Por el modo de configurar las cosas y los personajes, es la fuerza de los sueños lo que parece empujar la escritura narrativa; son sueños, porque no de otro modo podríamos los lectores establecer el contrato con estas historias tan extrañas, en donde las manifestaciones eróticas y las configuraciones laberínticas de los espacios son las que definen los efectos literarios. El erotismo, asunto tan difícil de lograr en la escritura literaria, constituye el eje nuclear de casi todos los cuentos de Freda Mosquera, y es la expresión de una búsqueda que habrá de conducir a pasadizos, corredores, grietas, ventanas, umbrales y abismos: símbolos oníricos, por excelencia.

El escritor es un amanuense, nos dice Borges en algunas de sus reflexiones sobre el arte de narrar cuentos; es un amanuense, porque lo que el escritor hace no es más que tomar los dictados de los sueños y del inconsciente; a lo cual agregaríamos que esta toma del dictado pasa por unos modos estilísticos que determinan en mucho la trascendencia o no de las narraciones. No todas las narraciones de un escritor alcanzan los efectos estéticos esperados, porque el pensamiento nunca es homogéneo, ni la escritura es una representación fiel del pensamiento y de la imaginación; la escritura es sólo una mediación hacia la manifestación de aquello que se quiere nombrar y por eso a veces logra sus efectos y a veces no los logra.

El libro de Freda Mosquera está constituido por 18 cuentos, entre los cuales unos cinco merecen estar en una

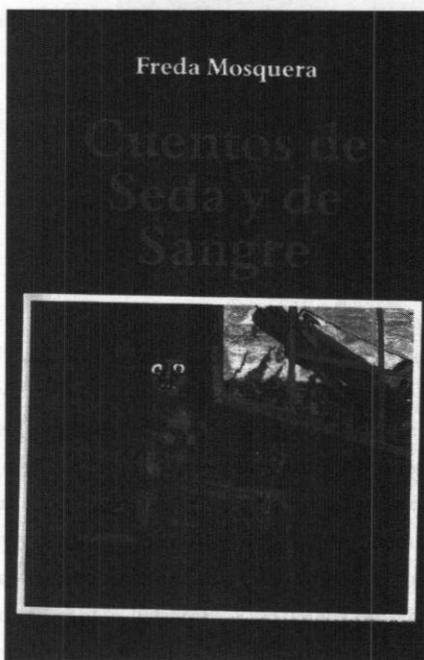
antología del cuento contemporáneo colombiano. El primero, "La creación del hombre", sustenta su valor artístico en la recuperación maravillosa del mito prehispánico de Bachué, recreado a partir de los imaginarios y de los mundos posibles que acosan al escritor, al presentir que hay algo más por decir en estos mitos de origen. La escritora ha corrido el riesgo de complementar la historia, mostrando con intensidad el incesto y la placidez erótica de la transgresión:

El hijo suspiró de placer, y Bachué lo besó, lo lamió, lo mordió sin compasión, se apropió de ese sexo que ella misma había dado a luz y lo hizo crecer entre sus labios.

Luego lo atrajo a él con los brazos, le enseñó la forma para entrar siempre en ella y la eterna Bachué, la que se transformaba en lechuga por las noches y vivía en el día en la laguna, exhaló un largo y hondo gemido de placer, cerró los ojos con placer y se dejó hacer por su hijo, se dejó horadar hasta el infinito, se dejó fecundar para poblar la tierra. (p 10)

Los relatos prehispánicos constituyen un material de gran importancia para la producción literaria. Ya Carlos Fuentes había jugado con algunos mitos mexicas y mayas en su primer libro de cuentos, *Los días enmascarados*. Una doble intención

atraviesa a estos ejercicios estético-literarios: la reivindicación de los mitos mismos y la des-sacralización carnavalesca que se puede hacer de ellos, en aras de las expectativas de los lectores del siglo XX. Freda Mosquera ha hecho el esfuerzo laborioso en esta perspectiva, afinando una totalidad muy lírica en la escritura, y no cabe duda que lo ha logrado.



¹ Leído en la presentación del libro en la Feria Internacional del Libro de Bogotá, 1998.

De otro lado, con el cuento "Videogamia", nos reencontramos con aquellas historias de Bradbury, en las que el hombre, enajenado por las máquinas, desemboca siempre en la desolación y en la muerte. En este cuento hallamos la representación de las máquinas, inoficiosas y morbosas, en las que se pueden leer los sueños y los pensamientos a través de una pantalla. Se trata de un cuento en el que la autora hace realidad en la escritura el mundo de los imaginarios del hombre casado, quien se figura las relaciones eróticas de su esposa con otros hombres. En la pantalla, y mientras la mujer duerme, van apareciendo las escenas eróticas de su esposa con desconocidos en un vagón de tren, en una habitación de hotel, con sus compañeros de trabajo y con sus hermanos, "hasta que ya no pudo más y apagó la máquina". Luego, este hombre desarraigado de un país latinoamericano, no puede conciliar el sueño porque no soporta el viaje onírico de su mujer realizando el amor con tantos hombres. Vuelve a conectar la máquina y de nuevo aparecen las escenas eróticas; decide entonces matar a la esposa ahogándola con la almohada y mientras ella va muriendo va apareciendo en pantalla la realización del amor entre él y su propia esposa:

En ese último instante, entre la vida y la muerte, Ramón Montoya vio por primera vez su imagen en un sueño de Beatriz, se vio a sí mismo besándola en los labios, en los pezones de los senos y luego entrando en el cuerpo inerte de su esposa, hasta que la imagen se extinguió en el monitor y Ramón Montoya supo que Beatriz se había quedado en el sueño para siempre. (p 28)

El final de este cuento responde a esa redondez y cierre efectista que los poetólogos del género señalan como definitivo para alcanzar una audiencia.

El minicuento "El Ángel" constituye otro de los textos donde el erotismo se inscribe en los niveles de mundo posible de los sueños, aunque la recurrencia sea un lugar común: el ángel que llega y posee a la mujer, la que a su vez rememora la iniciación sexual. El paradigma de este cuento, por oposición, lo constituye "El laberinto gris", en donde ya no es la placidez e intensidad sexual lo que orienta el desarrollo de la trama sino el desgarramiento, la tortura y la castración. En el universo extraño de este cuento parece insinuarse la alegoría al destino padeciente del hombre en una sociedad de monstruos humanos.

hojas Universitarias.....